2n Festival literari
Castell de Canyelles

Relat: Moon Light

Autor: Sandra Puerta Martínez

Categoria: Castellà

Premi del certàmen:
obra de l'escultor i artista
Francesc Barceló

Ajuntament de Canyelles

Diputació Barcelona

Moon light

Sandra Puerta Martínez

Otro lunes más que me interrumpía el sueño la canción de *The dock of the bay* de Otis Redding y es que es importante tener de despertador una canción que te despierte relajadamente. Nunca entenderé a la gente que se pone de despertador el típico *ring ring* o algún estruendo que más que despertarte lo que te provoca es un preinfarto. Que buen olor a café. Debe de ser que mi compañero de piso ha debido de llegar. Es comercial y viaja mucho, realmente es como si no tuviera compañero, paso más tiempo con su gata de color canela que con él. Es de raza persa, tiene el pelo largo y la nariz chata. No es como los típicos gatos ariscos y que no quieren contacto humano, este gato es incluso cariñoso y demasiado listo. Un día vi como orinaba en el bidet, me quedé petrificado. ¿En el bidet? Si, luego me di cuenta que tenía la arena sucia, pero ¿Cómo sabía que podía orinar ahí? Pues debía de ser que me vería a mí en el váter y le gustó la idea.

–¿Hay café para mí?

–¡Claro que sí! ¿Qué tal se ha portado Mishi?

–¡Gracias! Me beberé el café y saldré pitando, hoy tengo una compañera nueva. Mishi es un encanto, no sé qué haré si algún día dejamos de compartir piso, le tengo tanto cariño…

–Yo me voy a dormir, después de veinte horas de vuelo estoy muy cansado.

En Barcelona es imposible tener un piso de alquiler para uno solo, o compartes piso con alguien o tu nómina se va enterita. Tengo la comisaría a unos pocos kilómetros del piso y justo en la puerta de salida tengo un bicibox. Voy a trabajar en bici porque tardo mucho menos que si fuera en coche, moto o cualquier otro vehículo a motor. Barcelona en cuanto a tráfico es un caos. No es apto para novatos con una L, es la señal que indica que son los palurdos del carril. Que buen olor a chocolate, crepe o bollería en general. Siempre hago la misma ruta en bici y al pasar por la panadería crujiente a menudo veo cola para entrar y comprar. El aroma de sus productos es hipnótico, me encanta el dulce y como lo elaboran. Es la típica mujer mayor de toda la vida, pelo corto castaño pero ya casi blanco con tantas canas, con gafas redondas con

un grosor de casi un centímetro, no sé cuanta miopía debe tener, pero sin gafas no debe ver tres en un burro. Seguro que debe de tener la receta en una hoja escrita con lápiz y con esa letra que ni se entiende del desgaste de haber pasado de generación en generación. Hoy no tengo tiempo de pararme a comprar nada, hoy llega la nueva compañera y tengo que ser puntual.

–¡Un, dos, un dos! ¡Ya casi he llegado!, no tengo un bicibox cerca de la comisaría así que no me queda otra que dejarlo en el más cercano y caminar cinco minutos. Pero de esta forma me da tiempo a coger aire. Hoy he pedaleado más fuerte de la cuenta y estoy sin aliento. A veces me pasa, me motivo demasiado y hoy estoy un poco nervioso.

Ahí está. ¡Qué ganas tenía de verla! media estatura, con una coleta alta donde se aprecia una melena rubia y lisa, delgadita, bien cuidada. Aparenta unos treinta y cinco años más o menos. Pero eso es una cosa que tampoco se me ocurriría preguntar, solo falta que tenga treinta y la cague. Es una chica guapa, resultona. Podría ser incluso modelo, nadie diría que es inspectora de la policía. Para que luego digan que las rubias y guapas no tienen cerebro.

–Hola, ¡buenos días!

–Hola, me llamo Valentina, ¿tú debes ser mi nuevo compañero no?

–Sí, me llamo Luca. Pensaba que llegaría antes que tú pero veo que eres bastante más puntual que yo. Dije para dar una impresión amigable.

Mientras se le escapa una sonrisa, el comisario nos llama para que vayamos al despacho. Es un hombre bastante estricto pero a la vez tolerante. Tenemos suerte de tenerlo a él. Hace diez años cuando le nombraron comisario, la plaza estaba entre dos y tuvimos suerte. Tenemos miedo que algún día le dé un infarto que lo mande al otro barrio o le haga prejubilarse antes. Marcelo es un hombre que se cuida poco, le deben de sobrar 35 o 40 kilos. Y siempre lo verás con algo en la boca. Yo creo que en algún cajón de su despacho debe de tener un almacén de patatas chips, chuches y toda clase de guarrerías.

–Tomen asiento, dice con cara de preocupación y como si algo saliera mal. Os he llamado porque tengo un caso para vosotros. Quizá Valentina no sepa o no haya oído hablar de él, pero tú sí Luca. ¿Recuerdas el asesino del lazo rojo? Pues ha vuelto a matar. Necesito que vayáis a Canyelles. Ahora os mandaré la dirección exacta. El caso se reabre y es vuestro.

Nos levantamos rápido y salimos a por la llave de un coche patrulla.

–¿Conduces tú? Me dice Valentina mientras se colocaba en la zona del copiloto del Renault azul con el que nos íbamos.

–Sí, no te preocupes, me gusta conducir y así no pierdo la práctica, que aquí en Barcelona no tengo coche.

–¿No eres de aquí?

–No, soy de un pueblo de Madrid y me vine aquí cuando aprobé las oposiciones hace quince años. Dejé allí mi coche, mi madre lo iba a utilizar más que yo aquí en la gran ciudad como dicen.

–Genial, a mí no me gusta mucho conducir por Barcelona. Soy de las afueras y al trasladarme a esta comisaría me daba pánico pensar en coger el coche. Me encanta tener un compañero que le guste conducir. Me dice con una media sonrisa con los labios pintados de un rosa clarito que casi ni se aprecia.

–¿Sabes quién es el asesino del lazo rojo? Le digo curioso de saber si en algún momento ha oído oír sobre él. Aunque sería raro que no supiera nada cuando en su momento fue publicado en todos los medios de comunicación…

–Si, algo sé, pero no en profundidad. Recuerdo que hará tiempo, más o menos unos cinco años, ¿Puede ser? Por lo que decían ahorcaba a sus víctimas, les cerraba los ojos y les colocaba un lazo rojo en el pelo.

–Si, ese sería el resumen. En total fueron ocho víctimas, todas mujeres de exactamente veinticinco años. Todas tenían la misma edad, mismo color de pelo y de ojos. En su primera víctima, se pensó que era un suicidio. Todo lo indicaba porque en la autopsia la causa de la muerte era el ahorcamiento, no había señales de lucha y los hechos apuntaban a un suicidio.

–¿Cómo supisteis que no era suicidio? Si no recuerdo mal, de la primera a la segunda víctima pasaron unos dos meses. Podríais haber tardado dos meses en relacionar los casos.

–Sí, todos pensábamos que era suicidio. Ese día había otra forense que no era la habitual. Ni hablaba, iba por faena. Muy profesional. No digo que Charlotte nuestra forense de siempre no lo sea, pero me dio la sensación que ese detalle quizá se le podría haber pasado. María, la primera víctima, qué pena. Me acuerdo de todos los nombres y lugares donde fueron encontradas. Estuvimos tantos y tantos meses. ¡Ojalá pillemos a ese cabronazo! bueno a lo que iba, los pequeños detalles, eso

es lo que marca la diferencia. Todos los asesinos tienen una firma, a este le llamamos el lazo rojo. Aparte, otra característica fueron los ojos.

Cuando alguien muere de sopetón siempre se quedan abiertos los ojos. El asesino les cerraba los ojos después de ver como morían ahorcadas. Si llegamos a pasar por alto ese detalle hubiéramos cerrado el primer asesinado como suicidio y habríamos descartado el asesinato hasta no encontrar el segundo cuerpo.

–¡Mierda la moto! joder, las motos siempre hacen lo que quieren por la carretera. Como vamos con coche camuflado, Sino seguro que no me adelantaría de esa manera.

–Tranquilo, lo de las motos es algo que no podrás cambiar, como el dineral que vale este peaje. Me dice Valentina mientras pasamos por debajo del túnel de peaje del Garraf.

–Suerte que paga la empresa. Le digo con una sonrisa pícara.

–¿Llevaste tú el caso del lazo rojo con tu anterior compañero?

–Sí, yo acababa de ascender a inspector y fue mi segundo caso, mi compañero tenía bastante experiencia y de él pude aprender mucho. Ahora está jubilado y sé que se quedó con las ganas de atrapar a ese malnacido. Espero que podamos hacerlo y poder llamarlo para darle esa alegría. Ahora debe de estar rabiando de haberse enterado que ha vuelto a matar.

Ya casi estamos, el GPS marca 4 minutos. Valentina baja la ventana y acto seguido entra una brisa cálida y con olor a campo, a hierba cortada. Algún vecino ha debido de pasar el cortacésped. ¡Qué buen olor! Esto no se aprecia en la gran ciudad. Nos acercamos al lugar de los hechos, es fácil de saber porque cuando vamos a un crimen en algún pueblo antes de llegar ya vamos viendo a los vecinos en las ventanas, balcones y en la acera comentando y chismorreando. En cambio, a veces hemos acudido a alguna llamada en algún piso de Badalona o por la zona y al llamar al vecino de enfrente no sabía ni quien vivía en su escalera. Qué bien se vive en los pueblos, se respira tranquilidad, se nota la calma y se palpa la cercanía.

Ya veo los coches de los compañeros, debe de haber cuatro patrullas de *mossos*, más el coche de la policía local, veo otro coche más que imagino que debe de ser el de la forense, no parece que sea el coche de Charlotte.

–Si quieres luego seguimos con el caso y los detalles de las víctimas anteriores, vamos por faena a ver si tenemos alguna pista nueva.– Le digo a Valentina

mientras me quito el cinturón y observo por el retrovisor la entrada a la zona acordonada. Cada vez que veo la cinta amarilla con algún policía controlando el perímetro me da un escalofrío, dicen que el cuerpo se acostumbra a ver muerte, que te haces al crimen y llega un momento que eres un bloque de hielo. Pero yo no tengo esa suerte, cada vez que veo la cinta amarilla, me recorre un quemazón por todo el cuerpo, un ardor por el estómago que no sé ni cómo explicar la sensación de malestar. Es en ese momento cuando cojo aire e intento tener la cabeza fría para no sorprenderme o debilitarme con lo que pueda llegar a ver detrás de esa cinta. Esa cinta para mí, es la línea que separa el bien y el mal.

–¿Estás bien? ¡Venga va! ¡Bájate ya del coche que nos están esperando!

–Sí, perdona, le digo a Valentina mientras salgo del coche

Caminamos a paso ligero, cruzamos la cinta y ahí estaba. No había que recorrer muchos metros más. No se había esmerado en esconderla ni siquiera un poco.

–Buenos días Luca, Ya veo que compañera nueva. Me llamo Charlotte, ¡Encantada!

–Buenos días, mi nombre es Valentina, soy la nueva compañera de Luca.

–Charlotte, no sabía si serías tú. ¿Coche nuevo?

–Sí, mi pobre Seat ya tenía muchos kilómetros... Bueno os cuento, mujer de veinticinco años, sin signos de lucha, hora de la muerte entre las cinco y seis dela mañana aproximadamente, causa de la muerte asfixia por ahorcamiento. No hemos encontrado huellas, pelos, pisadas, ninguna pista del asesino. Creemos que puede ser el asesino del lazo rojo porque como veis tiene el pelo recogido con un lazo rojo como las víctimas anteriores y los ojos cerrados. La chica no tenía documentación encima, pero los agentes la han reconocido, dicen que vivía en el pueblo y se llamaba Susana.

Mientras Charlotte nos daba el parte no podía parar de mirarla, tenía veinticinco años, era una chica guapa, de piel blanca, delgadita y de pelo castaño. Lucía un vestido blanco holgado, palabra de honor y con el corte de falda hasta las rodillas. Allí colgada delante de la luz del sol, con el destello de los rayos parecía una luna, parecía que tuviera luz propia. Seguramente tenía tantos sueños y metas por cumplir, tenía pinta de ser arquitecta. A veces me pasa que veo caras y les pongo oficios. ¡Qué pena joder!

–¡Gracias Charlotte! Cualquier hallazgo háznoslo saber.

–¿Qué opinas? Le digo a Valentina sin poder quitarle ojo a Susana

–Bueno lo más raro que veo es que no haya signos de lucha, siempre intentas defenderte a no ser que conozcas al asesino y te pille por sorpresa o te hayan drogado.

–Cierto, siempre en todas las víctimas hemos mirado todo tipo de droga, somníferos o cualquier sustancia que pudiera controlar a la víctima sin forcejeo. Y el conocerlas… nunca pudimos relacionar los casos. Siempre hemos pensado que no tenían relación ninguna de las víctimas más allá de las similitudes físicamente.

–Perdonad. ¿Sois los inspectores que lleváis el caso? Nos dice uno de los policías que habían merodeado por la zona mientras se acerca a nosotros.

–Sí, ¿tenéis alguna pista?

–Bueno tenemos una testigo que mientras paseaba al perro vio a tres chicos saltar la valla y salir corriendo sobre las siete de la mañana.

Mientras el compañero hablaba, digo compañero porque no le he preguntado ni por el nombre, solo me he fijado en el número de placa: 2805. A unos cuatrocientos metros veo a una mujer sentada en una valla de piedra que separa el paseo de la entrada con los árboles y el jardín del castillo. Normal que esté sentada debe de tener obesidad como poco, esas rodillas deben de sufrir, qué lástima y no se la ve muy mayor, debe tener unos cincuenta y pocos años, pelo corto y ojos grandes y oscuros.

–Gracias, ahora vamos a interrogarla.

Mientras nos acercamos, me doy cuenta de que no es que tenga los ojos grandes, es que se salen de la órbita. Seguro que tiene hipertiroidismo, me recuerda a la vecina de mi pueblo.

–Buenos días, somos Valentina y Luca, los inspectores que llevan el caso. ¿Su nombre?

–Me llamo Mercedes, ya me dijeron que tendría que dar más declaraciones y que seguramente tendré que ir a comisaría.

–Sí, estos procesos son lentos. Cuéntenos qué es lo que vio.– Le digo sin poder parar de mirar esos ojos que te absorben la mirada.

–Yo entro a trabajar a las 8:30 en Vilanova, que por cierto el día de hoy lo pierdo y me he tenido que coger fiesta porque no me dejan irme de aquí. Pues a lo que iba, siempre a las 07:00 salgo a pasear a Joy y muchas veces hay movimiento porque es una hora que la gente sale a trabajar. Siempre hago la misma ruta y cuando bajaba por las escaleras de la iglesia vi como tres chicos, más bien

adolescentes de unos catorce o quince años saltaron la verja y salían corriendo. No pude verles la cara, solo vi que uno era rubio, pero muy rubio.

–¿Recuerda cómo iban vestidos? ¿Algún objeto? ¿Algún tatuaje o rasgo característico?– Le dice Valentina mientras saca del bolsillo una libreta del tamaño de su mano y un bolígrafo para tomar notas.

–No pude ver gran cosa, me fijé en unas bambas que llevaba uno de ellos porque eran de color naranja fosforito y llamaban mucho la atención. Referente a la ropa, iban con tejanos, dos de ellos llevaban camisetas oscuras y la del chico rubio de color blanca.

–Gracias Mercedes.

Le dice Valentina mientras me mira con cara de hemos terminado.

–¿Crees que podemos encontrar a estos chicos en el colegio?

Le digo mientras caminamos hacia el coche pisando los adoquines típicos de pueblo.

–Sí, vamos a ver si conseguimos encontrarlos y podemos obtener alguna pista.

Mientras nos dirigimos al colegio no se me quita la imagen de Susana, luz de luna. Así he decidido apodarla. Bueno pues parece que hemos llegado. Está bastante cerca del castillo aunque se me ha hecho largo el camino, estoy en mi mundo y no estoy conversando nada con Valentina. Con las ganas que tenía de conocerla y ahora reaparece mi peor pesadilla.

Decidimos ir clase por clase del instituto, no tardaríamos mucho. Es un instituto de pueblo y hay pocas clases. Justo al registrar la tercera, *¡Voilà!* Ahí estaban las bambas naranjas. No me extraña que Mercedes se fijara en ellas, es imposible no verlas. Una horterada la verdad, pero bueno, en la adolescencia ya se sabe, hay épocas un poco chonis.

–Jovencito ven aquí que queremos hacerte unas preguntas.

El chico, castaño de pelo y ojos claros se levanta asustado, como si en vez de quince años tuviera cinco y necesitara el abrazo de su papá y mamá.

–¿Dónde estabas a las siete de la mañana? Le dice Valentina sin titubear.

–Yo no quería, es la primera vez que lo hacemos. Nos decía con los ojos medio llorosos.

–No sabíamos donde ir para que no nos vieran y quisimos escondernos en el castillo. Cuando vimos a aquella chica colgada no sabíamos qué hacer y huimos. No puedo quitármela de la cabeza. Nos termina diciendo que suelta un jadeo y empieza a llorar sin parar.

–Tranquilo, sabemos que no habéis sido vosotros y que no tenéis nada que ver con la chica. ¿Pero qué hacíais allí? Le digo tocándole el hombro como gesto de cariño.

–Otros chicos ya lo han probado y solo queríamos probar de fumarnos uno. Nos dice con la voz entrecortada del llanto.

–¿Hablas de tabaco? Bueno da igual, no diremos nada a tus padres, nos interesa saber si viste algo sospechoso, a alguien cuando saltasteis la verja. Dice Valentina con voz estricta y con poca empatía mientras el chico lloraba desconsoladamente.

–No, no vimos nada ni a nadie, saltamos vimos a la chica colgada del árbol y volvimos a irnos rápidamente. Nos asustamos mucho. Dice a trompicones intentando coger aire.

–¿Y tus amigos? Si son de la misma clase diles que salgan, necesitamos hablar con ellos también.

El chico abrió la puerta de clase y mirando a sus amigos con la mano les hizo señas para que salieran, tampoco sabían nada. Confirmaron la versión del chico de bambas naranjas. Volvimos a estar igual, sin ninguna pista nueva. Siempre era el crimen perfecto. Sin huellas, ni pisadas, ni un pelo, siempre parecía un suicidio, si no fuera porque dejaba su firma. Ya con esta víctima eran nueve las pobres asesinadas. Yo estaba convencido que algo se nos escapaba, íbamos a la deriva, no controlábamos el timón, podía golpearnos un iceberg y probablemente se hundiría el barco y asesinaran a otra pobre chica antes que cogiéramos al asesino.

Valentina y yo cogimos el coche casi sin mediar palabra. Creo que ella empezaba a comprenderme, la frustración e impotencia que podía sentir. Ahora teníamos que volver a mirar todos los casos, volver a recordar cada una de las víctimas.

Llegamos a la comisaría y fui directamente a la zona de archivos sin pasar ni por el despacho, cogí la caja blanca llena de polvo acumulado. Ya hacía cinco años que no mataba. Soplé fuerte para quitar la suciedad pero tuve que terminar pasando un poco el brazo por encima. Que se llenen de polvo da tristeza, parece que hayan caído en el olvido. Que nos hayamos olvidado de esas chicas llenas de sueños e ilusiones.

Valentina mientras tanto había ido al baño y a por un par de cafés a la máquina expendedora, nos esperaba una tarde bastante larga. De esas que acabas cenando

incluso en comisaría viendo el relevo de los compañeros. Decidimos ir a una sala que tenemos para reuniones, era más cómodo que en mi mesa o en la de Valentina, en la sala podíamos sacar todos los papeles, fotos, archivos y mirar de encontrar algo en común.

–Café descafeinado con extra de azúcar y leche sin lactosa. ¡Menuda máquina tenéis aquí, ni que fuera una cafetería! He visto incluso leche de soja.

Me dice Valentina dándome uno de los cafés que tenía en la mano junto con unas galletitas.

–¡Sí!, espero que nunca se estropee.

Le digo con una media sonrisa

–Bueno, al lío.

Mientras Valentina abre la caja y comienza a colocar fotos en una zona, informes en otra para colocarlas en orden e investigar.

Siempre nos había sido tan difícil porque nunca pudimos relacionarlas entre ellas, tenían la misma edad pero sus círculos de amigos y familia no tenían nada que ver. Trabajaban en cosas distintas, unas estudiaban otras no. Siempre pensé que las víctimas no estaban relacionadas entre ellas y que las escogía por su complexión, todas eran de la misma edad, castañas, blancas de piel, ojos claros, guapas, pero nada más, no iban a los mismos bares, restaurantes, discotecas...

Y ahí estábamos, en la sala de reuniones con miles de fotos y documentos esparcidos por la mesa, un mapa que colgaba de una pizarra sujetándose con unos trozos de celo mal cortados. Llevábamos cinco horas sin parar de revisar las declaraciones, yo empezaba a estar cansado y habíamos pedido algo para cenar. No hay nada mejor que reponer fuerzas con comida basura. En momentos así, cuando me duele la cabeza y los ojos del sueño lo mejor es una cena rica en grasas saturadas o extra de azúcares para que el cerebro se quede como nuevo. Para mí estábamos en un bucle, un callejón sin salida, la verdad que estaba bastante negativo y a veces con esa actitud no encuentras nada. Pero eran tantos casos ya…en el primer caso, segundo y tercero estuve bastante motivado, luego ya empecé a sentir impotencia y frustración. Quizá eso no me dejaba ver el cielo despejado. Mientras mi cabeza seguía divagando vi al fondo como entraba en la comisaría el repartidor.

–¡Hostia!– Chilló Valentina mientras estaba pagando al repartidor y nos quedamos los dos asustados mientras ella no paraba de mirar el mapa.

–Ten, quédate con el cambio.¿Qué pasa? ¿Has descubierto algo?

–¿Y si...?

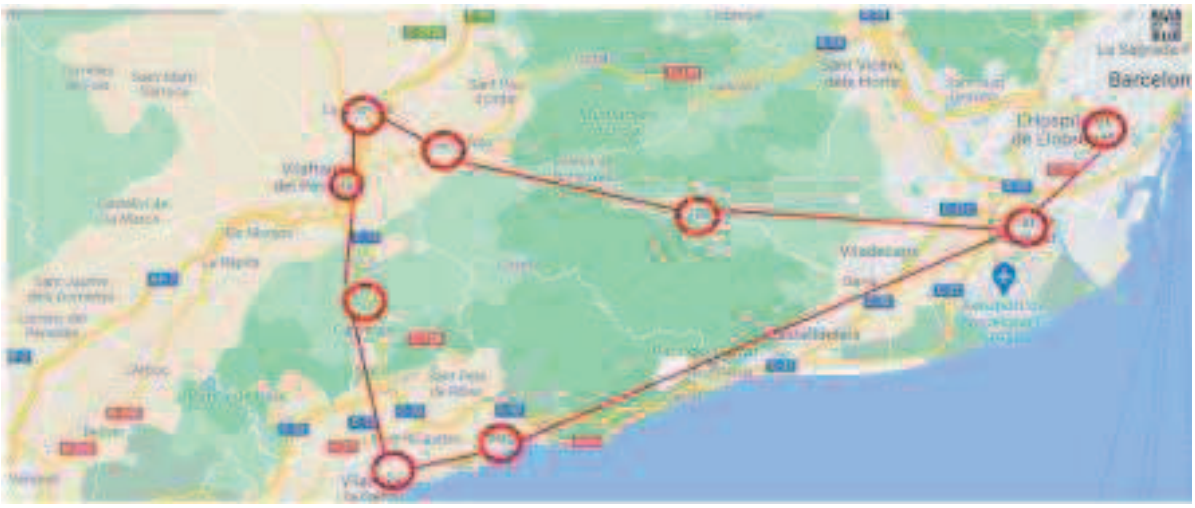
–¿Y si qué?

–¿Entiendes de horóscopos?

–No mucho, sé que soy Leo y ya está.

Valentina se dirigió al mapa en el que estaban con un círculo señalados los puntos donde habíamos encontrado a las diferentes víctimas. Y con un rotulador rojo unió todos los puntos. Yo me quede igual, no sabía que significaba. Encima no soy mucho de tarot, ni de cosas místicas.

–Quizá es una tontería, o una ilusión óptica mía o puede que sea una pista. Pero si te fijas en el mapa y unes los puntos es la constelación de Capricornio. Hay que saber verla porque está como un poco girada pero es igualita.



Y yo que por mucho que mirara el mapa no veía nada. Pero no se podía descartar como pista, al menos era algo, que tener algo ya es mucho más de lo que teníamos hasta ahora.

–¡Qué bien! Puede que esto nos conduzca a algo Valentina. Quizás hay que mirar con otra perspectiva y nos está dejando un mensaje que hasta ahora no hemos sabido ver.

Porque otra cosa que había visto en las fotos de las chicas es el coletero. –¿Os habíais fijado en que algunas chicas llevaban el coletero con más vueltas que otras?
–Si, lo habíamos visto pero no le dimos importancia, ahora quizá pensándolo puede que quiera decirnos algo.

Y con un trozo de pizza en la mano comenzamos a ordenar las fotos de las chicas desde la primera hasta la novena. Y a apuntar en una hoja cada una de ellas si tenía vueltas en la coleta o no.

–0, 0, 1, 2, 1, 2, 0, 1, 5

–¿Qué pueden ser estos números? Una dirección, una cuenta, ¡Jolines qué misterio! Y ¿Por qué a la última víctima le hizo tantas vueltas?

–Bueno, quizás más adelante los podemos relacionar con algo. ¿Y la hora de la muerte de las chicas? ¿Quizá esos números también nos dicen algo?

–Jolín Valentina eres un golpe de aire fresco. No sé si todo esto nos llevará a algo pero vuelvo a repetir ¡más vale algo que nada!

Comenzamos a revisar todos los archivos para mirar la muerte de todas las víctimas, la primera la mataron a las 4h, la segunda a las 13h la tercera a las 10h, la cuarta a las 4:52, la quinta a las 1h, la sexta a las 8h, la séptima a las 10:48 y la última víctima confirmaban la hora de la muerte a las 6h.

–Tenemos 413104521810486 madre mía ¡qué número tan largo! ¿Qué puede ser? Vamos a necesitar otra pizza ahora que no paran de aparecer posibles pistas. Todo este tiempo lo teníamos delante y no lo hemos visto. Nos quería decir algo y nos dejaba mensajes.
–Hay algo que no termina de cuadrarme, si realmente es la constelación Capricornio. Está formada por nueve estrellas y son los nueve lugares de los nueve asesinatos. ¿Eso quiere decir que ya no va a volver a matar? ¿Ya ha completado el trabajo?
–Mira lo que pone en Google le digo a Valentina emocionado de todas las hipótesis que estaban surgiendo. Aquí pone que la constelación de Capricornio representa la puerta de entrada a los dioses, una región del cielo por la que

pasaban las almas humanas cuando morían. Y si ¿quizá ha creado esa constelación antes de hacer su último asesinato? ¿Quizá aún queda su obra final?

–Joder si todo esto es cierto tenemos que averiguar que narices son esos números. Deberíamos adelantarnos a él.

De repente, después de varias horas, levanté la cabeza entre tantos papeles y noté la oscuridad a través de la ventana. Se había hecho de noche, pero muy de noche. Miré el reloj y ya eran las dos de la madrugada. Valentina estaba sentada con los brazos apoyados en la mesa haciendo un círculo y su cabeza en medio. Se había quedado dormida. No me extraña vaya incorporación ha tenido la pobre. Ha sido un día intenso.

–Valentina, despierta. Tenemos que irnos a casa. Le digo susurrando para no despertarla de golpe.

–¿Eh? Sí... uf me he dormido, ¿Qué hora es? Me dice intentando abrir los ojos de tanto sueño que tiene.

–Venga, vamos a dormir, mañana será otro día. Vete a casa, ya recojo yo.

Valentina se marchó con cara de cansada, la coleta alta que lucía por la mañana ya no podía considerarse cola de caballo, estaba despeinada, ya no tenía pintalabios y caminaba como si hubiera corrido cien kilómetros sin avituallamiento. Yo no podía irme, estaba con demasiada adrenalina, llevaba horas con los números de las horas del asesinato. Son quince números que ya había mirado y buscado sobre que podían formar parte. Hasta que de repente no hay nada mejor que la perspectiva. Dejar de buscar en los mismos sitios, los mismos papeles y cambiar. Me volví a meter en *Google maps* para ver si mirando desde la vista satélite se me ocurría algo, sin querer toqué con el dedo en un punto del mapa y *¡voilà!* Ahí apareció la pista que necesitaba. Se marcó el lugar donde había tocado y abajo una serie de números. ¡Claro, las coordenadas! ¿Y si esos quince números eran las coordenadas de un lugar? Entonces introduje en *Google maps* todos números 413104521810486 con la esperanza que algo apareciera y fue entonces cuando ni yo mismo lo podía creer. Esos números marcaban un lugar. ¿Cómo podía ser? Realmente estaba tan sorprendido porque todo esto de la constelación, los números… me parecía toda una locura. Pero que pudiera ser una hipótesis contundente, una pista, solo pedíamos una pista. Joder, si Larry mi ex compañero estuviera aquí... alucinaría. Pero las coordenadas marcaban una parroquia, la parroquia de Sant Pere i Sant Fèlix. ¿Qué tendría que ver una parroquia en todo esto? Era bastante curioso, por ubicación quedaba bastante centrado dentro de la constelación. ¿Qué clase de brujería era esta? ¿Había hecho un círculo, una constelación de víctimas y en medio, su obra final? No sé si empiezo a delirar, quizás

es el sueño o la falta de azúcar. Mejor voy a la máquina expendedora a por un café y alguna galletita.

De repente empiezo a escuchar la canción *The dock of the bay* de Otis Redding. Abro los ojos y estoy sentado en la sala de reuniones de la comisaría. Con todos los papeles esparcidos por la mesa, el café a medias y un poco de babilla que me colgaba de la boca.

–Joder, me he dormido. Digo en voz alta hablando conmigo mismo.

Y en esas que aparece Valentina, lucía unos pantalones negros muy arrapados donde mostraban el buen tipo que tenía y una blusa azul turquesa. Ya se había arreglado el pelo y volvía a tener su coleta alta de cola de caballo.

–Me da la sensación que no te fuiste a casa, la misma ropa, los papeles tan desordenados y esa cara de recién levantado. Ten, esto te ayudará. Alzando su mano me entrega un vaso de café.

–Gracias, sí, me vendrá muy bien. Ha sido una noche larga pero tengo que decir que tengo una pista.

–¿En serio? Cuéntame.

–Te lo cuento de camino, vamos a Olivella a una parroquia.

Volvimos a coger el Renault azul y mientras Valentina terminaba de ponerse el cinturón y acomodarse yo colocaba el GPS. Estaba emocionado y a la vez cansado. Me sentía sucio pero no quería pasar por casa, no quería perder tiempo, tenía muchas ganas de llegar a la parroquia y ver qué misterio de esta gran hipótesis astrológica nos esperaba.

Paramos a poner gasolina a mitad de camino y de paso a comprar unos chicles de menta. No me había podido ni cepillar los dientes. Jolín es que me sentía muy sucio. ¿Qué pensaría Valentina de mí? Bueno también me llevé un desodorante, yo no me huelo pero quizá mi nariz se ha acostumbrado y no soy consciente de mi olor. Bueno retomamos la marcha con tantas ganas que el camino por suerte se hizo corto. Acabábamos de llegar que el reloj del coche marcaba las 09:13h. Encontramos un sitio en la misma puerta. Aún teníamos la pista de los coleteros por descubrir pero quizá la parroquia nos la desvelaba. Bajamos del coche y fuimos hacia la puerta. Estaba abierta así que entramos sin preguntar. Al fondo en el altar había un párroco así que fuimos directamente hacia él.

–Hola, buenos días padre. Soy el inspector Luca y ella es la inspectora Valentina. Nos gustaría hablar con usted si tuviera un momento.

–Sí, claro. En media hora empezamos la misa y estaba preparando el recital de hoy pero…

Y ahí me quedé escuchando, el sacerdote, padre, párroco o lo que sea seguía hablando pero yo no le escuchaba. Mi mirada se desvió hacia una puerta que se abrió y apareció ella. ¿Era un fantasma? no podía ser real. Parecía Susana, la última víctima. Chica joven, guapa, melena castaña, blanca de piel y ojos verdes, lucía una túnica blanca. Apareció en el altar con unos libros que colocó en una mesa que había en el centro junto con unas flores. Miré a Valentina y en ese mismo momento ella también me miró. Creo que pensamos lo mismo, no nos conocíamos apenas y parecía que hubiéramos tenido telepatía. Ahora estábamos más cerca que nunca. Ella, esa chica ahí en medio del altar era la clave del caso.

–¡Perdona! ¿Cómo te llamas? ¿Podemos hablar contigo?

–Sí, me llamo Ángeles, nos decía mientras se acercaba hacia nosotros.

–Ángeles, ¿conoces el caso del lazo rojo? Tenemos indicios y pensamos que podría estar relacionado contigo.

–No, no conozco el caso.

–¿En serio? Ha salido en todos los medios de comunicación llevan cinco años hablando de él. Le dice Valentina sorprendida.

–Vivo en un convento cerca de la parroquia. No tenemos televisor ni radio ni móviles. Hace cinco años y medio más o menos vi la llamada del señor y quise formar parte de esta familia.

–¿Hace cinco años? Desde que empezó a matar le digo a Valentina mirándola con asombro de este misterio.

–¿A matar han dicho? Nos interrumpe Ángeles, mientras Valentina y yo nos mirábamos con mirada cómplice

–Sí, hay un asesino en serie Ángeles, sigue suelto y mata a chicas de veinticinco años con una complexión similar a la tuya, eres parecida a ellas. Empezó a matar hace cinco años y todo nos indica a que puede que corras peligro ¿Sabes de alguienque quisiera hacerte daño?

–Piensa en alguien que dejaste atrás, antes de formar parte de esta familia como tú dices. ¿Hiciste daño a alguien al dar el paso de irte al convento? Añade Valentina sacando su libreta nuevamente del bolsillo.

–Bueno, no sé, hace cinco años yo tenía veinticinco años. Ahora recién he cumplido los treinta, siempre he sido una chica responsable. Mis padres no entendieron que quisiera hacerme monja y desde entonces no tengo relación con ellos. Peor fue tener que dejar mi relación, por aquella época tenía un noviete, no llevábamos mucho tiempo, bueno quizá un año y medio. Pero no piensen mal. Yo aún soy virgen. Era un chico tímido, educado, le gustaba mucho pintar, siempre me pintaba y decía que ganaría dinero con esos cuadros de lo hermosa que era. Creo que el tener esa relación también fue lo que hizo asegurarme de la decisión. Él me quería mucho, pero yo quizás no estaba tan enamorada como podía imaginar. Estaba más enamorada de Dios que de él. Por eso decidí dar el paso de romper con todo y todos y unirme a lo que ahora son mis hermanas.

–¿Cómo se llama el chico que era su novio?

–Se llama Camilo. Pero él no ha podido asesinar a nadie, no haría daño ni a una mosca. Es muy buena persona. Sus padres los veo siempre que vienen a la iglesia.

–¿Le suena de algo estos números 0, 0, 1, 2, 1, 2, 0, 1, 5?– Le dice Valentina enseñándole los números que estaban anotados en su libreta de bolsillo (parece que sí que va a ser útil esa libretita).

–Pues, a ver, podría ser. Pero puede ser una locura. Puede que sea el 12 de enero del 2015, es cuando Camilo y yo iniciamos la relación. ¿De verdad sospechan de él?, ¿creen que ha podido matar? ¡Ay, Dios mío! Creo que debo irme a rezar un padre nuestro.

–Ángeles deberá decirnos donde se hospeda, donde está ese convento o si se hospeda aquí en la parroquia. Tenemos que ponerle protección para que no le pase nada. Hasta el momento debemos tratar a Camilo como principal sospechoso.

Rápidamente llamé a comisaría, necesitaba que me localizaran la dirección de camilo y poder pedir escolta para Ángeles. Valentina y yo caminamos hacia el coche mientras teníamos las manos libres con Eudi, un compañero bastante rápido a la hora de trabajar en el ordenador encontrando datos.

–Chicos ya la tengo, os la envío por *Whatsapp*. Está a 5 minutos de vuestra ubicación.

–Gracias. Vamos para allí.

–Valentina no me lo puedo creer. ¿Crees que es él? Eres una crack, si no hubiera sido por ti y esa hipótesis tan peculiar de la constelación de Capricornio nada de esto tendría sentido.
–Bueno, parece indicar que es Camilo. Ángeles ha reconocido la única pista que nos faltaba por resolver, y ya ves, ¡qué fácil ha sido! ¿Cómo no se nos ocurrió pensar en un día, mes y año? ¡Vamos a encarcelar a ese cabrón!

Nos subimos rápidamente al coche. No podía parar de pensar en las pistas mientras íbamos de camino. La constelación con la entrada a la puerta de la muerte o lo que quisiera decir esa constelación, luego las coordenadas donde se encuentra la siguiente víctima, la musa para todo ese plan terrorífico, las vueltas de la coleta indicando su fecha de inicio de relación. Todo comenzaba a cobrar sentido, las piezas del puzzle empezaban a encajar. Pero todavía había algo que no entendía. Vale, si mataba a las víctimas que se parecían a Ángeles y luego trama todo ese plan para matarla, ¿por qué no nos deja en alguna pista un día, una fecha de ejecución de la terminación del plan? Como un juicio final. Quizá no la quiere matar o se nos ha pasado esa pista.

–Su destino está a ochocientos metros. Nos dice el GPS.

–¿Cómo lo hacemos? ¿Miramos de ir cada uno por un lado por si intenta un plan de huida o picamos los dos por la puerta principal?
–Mejor nos separamos. No se nos puede escapar ahora que lo tenemos tan cerca. Ya llamo yo.
–Vale, ten cuidado.

Ding, *dong* sonaba el timbre. Estaba nervioso, muy nervioso, no paraba de sudar y encima me sentía sucio. Pero no importaba. Pasaron treinta segundos desde que se encendió una luz de dentro de la casa, no se veía nada por las ventanas debido a las cortinas. Pero había alguien dentro. Escuché pasos que se acercaban a la puerta de entrada, las pisadas hacían sonar el suelo de madera vieja.

–¿Quién es? no quiero comprar nada, ¡váyase!

–¿Camilo? Si es Camilo, necesito hablar con usted. Soy un vecino nuevo de la zona y me han dicho que me puede aconsejar sobre pintura, soy nuevo en la materia y quiero exponer en una galería de arte. ¿Podemos hablar?

Se produjo un silencio incómodo de quizás cuarenta segundos que parecieron cuarenta minutos, tuve que mentirle. Creía que si le decía la verdad, que era policía y veníamos a detenerle por sospechoso podía huir. Entonces escuché como giraba la

llave del cerrojo, estaba quitando el pestillo para abrir. Cuando abrió la puerta, no me esperaba lo que vi tras ella. ¿Él era el asesino del lazo rojo? Nunca creí imaginarlo así. Un chico de unos treinta y dos años que aparentaba casi cuarenta, sin pelo, con cuatro pelos en las cejas, tenía los ojos caídos con unas ojeras muy pronunciadas, la piel muy pálida, de ese color que te hace ver incluso los labios casi azules y secos. Iba con unas gafas nasales conectadas a un aparato de oxigeno portátil, un pijama de color grisáceo y zapatillas de estar por casa. No tenía pinta de haber matado a nadie. Quizá nos estábamos equivocando, este chico con apariencia de estar muy enfermo tenía pinta de no matar ni a una mosca como nos dijo Ángeles. Me invitó a entrar en casa y como era de esperar acepté. La casa parecía normal pero bastante desordenada. Al entrar en el comedor se podía apreciar la cocina de fondo con una pila de platos por fregar. Tenía que conseguir alguna pista, algo que nos indicara que era él. Le pedí de ir al baño y me indicó donde estaba, al caminar por el pasillo hacia el baño había una habitación con una llave puesta por fuera en la maneta. Si tenía llave sería por algún motivo pensé. Miré hacia el comedor desde el pasillo por si podía verme y me decidí a abrir la puerta, tenía curiosidad. Al abrir la puerta estaba toda la habitación llena de cuadros, bocetos, lienzos donde aparecía ella, Ángeles. Estaba toda la habitación empapelada con pinturas de ella, incluso en el techo. Es de locos, pero ahí me di cuenta que sí, aunque tuviera cara de enfermo y de estar a punto de morir no podíamos descartar que fuera él. Eso no era amor, era obsesión y Ángeles era igualita a todas las víctimas que habían sido asesinadas. No podía ser casualidad.

Fui al baño, me lavé las manos mirándome en el espejo sin saber que hacer a continuación, podía ser él, pero con esa cara era tan improbable. Tiré de la cadena aunque no hubiera hecho nada, simplemente por disimular y que Camilo escuchara desde el comedor la cadena.

–Bueno, Camilo ¿verdad?

–Sí, me llamo Camilo. ¿Qué dudas tiene sobre la pintura?

–Bueno, quiero aficionarme y me podría explicar las diferencias sobre pintar con acrílico, óleo, acuarela… siento si le molesto, por lo que veo no se encuentra bien de salud.

–Tranquilo, tengo muy asumida mi enfermedad. Tengo cáncer desde hace muchos años. Parecía que me había recuperado pero he vuelto a recaer.

–Lo siento mucho. Debe ser duro. Pero si tiene en quien apoyarse es lo importante.

–Si, aunque el mejor apoyo es uno mismo. Bueno, a lo que íbamos si quiere puedo sacar diferentes cuadros y que vea la diferencia y las texturas que dejan las diferentes técnicas de pintura. ¿Quién le ha hablado de mí? En este pueblo no tengo relación con mucha gente.

–Pues me habló de usted Ángeles. Y acto seguido de decirle eso, levantó la cabeza y me miró con cara de quedarse en shock. Se quedó más pálido de lo que estaba y mira que eso ya era complicado.

–¿Ángeles?

–Si una chica joven y guapa que vive en un convento cerca de aquí.

–Sí, sé quién es Ángeles. Creo que debería de irse. ¡Váyase por favor! Me dijo Camilo subiendo el tono de voz gradualmente y un tanto nervioso.

Fue ahí cuando vi por la ventana a Valentina que venía hacia la puerta de entrada y me vi obligado a decir la verdad e interrogarlo. Todo y de su debilidad podía ser claramente él, esa persona que tantos años, tanto tiempo hemos estado esperando tener cara a cara.

–Camilo, no voy a irme. Soy policía y es sospechoso de varios asesinatos. ¿Qué hacía el lunes sobre las cinco de la mañana?

Camilo en ese momento puso cara de susto, cogió el aparato de oxigeno que arrastraba con una mochila con fuerza y salió corriendo hacia el pasillo, abriendo la puerta del baño para escapar por una ventana situada dentro de la bañera. Yo salí detrás de él, forcejeamos en la zona de la bañera consiguiendo que no pudiera huir e inmovilizarlo en el suelo. En ese momento escuché un ruido como si alguien hubiera tirado abajo la puerta de la entrada y a los treinta segundos ahí estaba Valentina, plantada delante de la puerta apuntando con la pistola. Al verme con Camilo inmovilizado bajó el arma y suspiró tranquila.

–¡Buen trabajo Luca! Vamos al despacho, a ver que sacamos de todo esto.

Metimos a Camilo en el coche detenido con las esposas y con su mochila de oxígeno al lado. Iba conduciendo hacia la comisaría e iba pensando que cuando Marcelo viera al detenido se reiría de nosotros. Sobre todo, al ver la gravedad de su salud, no era el típico asesino, pero con ese estado de salud aún me costaba faena pensar cómo había cometido los crímenes.

Valentina y yo casi no articulamos palabra, no queríamos decir nada delante de Camilo. No queríamos revelar nuestras pistas. Esa locura de pistas de hipótesis místicas que nos habían llevado hasta el supuesto asesino.

Ya habíamos llegado, después de tantos kilómetros y de no haber dormido nada, ni haberme duchado estaba tan cansado, pero a la vez tan motivado. Dejamos al detenidoen la sala de interrogatorios y fuimos al despacho de Marcelo.

–Jefe hemos detenido al sospechoso del lazo rojo.

–¿De verdad? ¡No me digas más, voy a ver! Nos dijo levantándose de un bote de la silla y saliendo rápidamente hacia la zona de interrogatorios para verlo detrás del cristal. Nosotros le seguimos sin poder terminar de decirle…

–Jefe, espere…

Marcelo se quedó mirando detrás del espejo con la boca abierta.

–¿Estáis seguros que es el asesino? ¡Este hombre no mataría ni una mosca!

–Jefe, escuche. Hemos estado trabajando durante toda la noche y las pistas nos llevan hasta él. El físico y su estado de salud despista, pero ¿Por qué no?

–Quizás por eso tardaba tanto en matar y los asesinatos son en espacios de tiempo bastante amplios. ¿Y si debido a la enfermedad había meses que tenía que estar en cama y no podía ni levantarse?– Dice Valentina aportando un dato bastante interesante, incluso el jefe se quedó pensativo.

–Está bien, interrogarlo y a ver que sacáis.

–Gracias jefe, también necesitaríamos una orden para registrar su casa y ver si encontramos algo esclarecedor que nos ayude.

.

–De acuerdo, decidme la dirección y mandaré a la científica. Nos dice mientras se da la vuelta y vemos como se marcha rascándose la cabeza.

Valentina y yo entramos en la sala de interrogatorios. Valentina le dejó una botellita de agua delante de él. Yo, mientras sacaba de un sobre todas las fotos de las víctimas y las ponía delante de él en orden cronológico. Él al empezar a ver las fotografías parecía que se sentía acorralado, los ojos se le iluminaron pero se mantenía serio. No quería mostrar ningún sentimiento pero no le producían tristeza, ni repugnancia.

Estaba sentado mirándolas como si viera una obra de arte. Antes de entrar a la sala de interrogatorios Víctor, un compañero había investigado sobre su historial clínico y nos dio los documentos. Casualmente, siempre que había estado en tratamiento y muy debilitado había sido cuando había habido el parón entre víctimas. Todavía no sabíamos cómo lo hacía, cómo podía colgarlas hasta verlas morir sin que ellas pusieran resistencia, teníamos claro que las tenía que drogar de alguna manera para que ellas se dejaran hacer. Veneno no podía ser porque los habíamos mirado todos y la causa de la muerte siempre era asfixia por ahorcamiento, no las colgaba una vez estaban muertas. Las veía morir. Menudo cabronazo. Esperemos encontrar algo en su casa o poder sacarle una confesión y que nos explique y declare cuál era su método de actuación.

–Camilo, ¿te suenan esas caras?

–No, no sé quiénes son.

–¿Y no te recuerdan a nadie?

–No sé por qué estoy aquí, ¿necesito un abogado?

–Me parece que si lo sabes bien. Le decía Valentina mientras se sentaba apoyándose en la mesa.

–Sabes lo que has hecho y sabes a quien te recuerdan. ¿O ya no te acuerdas de Ángeles?

–No veis que estoy enfermo.

–Sí, estás enfermo, pero para echar a correr sí que tienes fuerza ¿no crees?

–Se equivocan de persona.

–Sabes, eres bueno. Nos ha costado mucho llegar hasta a ti y todavía no sabemos como las drogabas… pero sabes una cosa, en estos momentos hay un equipo de la científica en tu casa registrando, así que es cuestión de tiempo. ¿No quieres colaborar?

–¿Y el abogado?

–Está bien. Te dejaremos descansar y llamaremos a un abogado de oficio. Pero, te reitero, colabora y todo te será más fácil. Gente como tú en la cárcel y así de enfermo no aguantarás ni dos días.

Yo aún me mantenía de pie, mirando y analizando el interrogatorio que Valentina mantenía con Camilo. Cada vez tenía más claro que era él. Menuda frialdad. Que mirada más perversa, parecía que se alegrara de ver las fotografías de las víctimas como si fuera obras de pintura. Y en eso que cuando parecía que el interrogatorio

había acabado sonó el teléfono de dentro de la sala. Valentina me miró con gesto de que lo cogiera yo, así que descolgué el teléfono.

–¿Si? ¿Quién es?

–Luca, soy Paola de la científica. He llamado a la oficina y me han dicho que estabais en la sala con el detenido y creo que deberías de saber esto.

–¿Qué pasa? Te escucho.

–Este tipo es bueno, pero lo tenemos. Ya sé con que pudo drogar o debilitar a las víctimas. Tiene una sala llena de pinturas y cuadros de mujeres igual que las asesinadas, pero en esa misma habitación tiene una puerta que da lugar a una sala muy pequeña donde hemos encontrado como una especie de laboratorio muy pequeño. Una mesa con algún tubo de ensayo y frascos. Parece ser que el tipo sacaba de las pinturas el aceite que contiene los hidrocarburos y que produce intoxicación. En grandes cantidades ocasiona la muerte, no lo pudimos pillar porque ya tenía la medida bien controlada para solo debilitarlas o quizás ellas se sentían aturdidas y confusas. Nunca miramos este tipo de sustancia en las víctimas, si lo buscamos pongo la mano en el fuego que lo encontramos.

–¡Qué gran trabajo! ¿Puedes hablar con el forense para poder confirmar de lo que me hablas?

–¡Y tanto! Ahora mismo llamo a Charlotte, cuando sepa algo te llamamos.

–Ok, hasta luego.

Colgué el teléfono y me dirigí hacia Camilo con una media sonrisa en la cara. Valentina me miraba con cara de sorpresa, se imaginaba que alguna información buena nos habían dado y es que ahora sí que lo teníamos cogido por los huevos. Sentía una adrenalina, una felicidad interior y eso que realmente estaba tan cansado sin haberme duchado, dormido, apenas comido tranquilamente que cuando todo esto acabara necesitaría unas vacaciones. Madre mía cuando se entere Larry va a dar saltos de alegría.

–Bueno Camilo, parece que se te ha puesto difícil tu defensa. Nos faltaba saber cómo un tipo como tú, débil, enfermo, podía colgar a esas chicas sin forcejeo. Teníamos claro que eran envenenadas, pero no sabíamos cómo y ¿sabes qué? Ahora sí.

Era entonces cuando lo vi claro, estaba nervioso, movía las piernas sin poder parar, le sudaban las manos y le caía alguna gota por la frente y no quería ni mirarme. No dejaba de mirar las fotos de las chicas. Seguramente, sin ningún remordimiento pero ahí estaba. Después de malditos cinco años lo teníamos pillado.

–Está bien, las maté yo. Para que mentir si me quedan dos meses de vida o eso me ha dicho el oncólogo. Ángeles me dejó en mi peor momento y la amaba y la sigo amando, creo que la amaré toda mi vida. No podía ver a ninguna otra que se le pareciera, se parecían mucho a ellas y ¿creéis que era fácil? No lo era, mandé muchas y muchas cartas al convento donde está Ángeles y nunca me devolvió ninguna. Menuda empatía de mierda. No me quería y nunca me quiso. Ya me quedaba poco para mi gran obra. Si yo moría ella se vendría conmigo.

–Bueno, Camilo creo que está todo dicho.– Dijo Valentina levantándolo de la silla para llevárselo y preparar el traslado.

–¡Qué bien me siento! Después de tantos y tantos años sin tener nada, resulta que en dos días hemos resuelto el caso, mira que tuvimos varios sospechosos que se quedaron en nada y por fin será un caso cerrado. Las familias podrán descansar y saber que el asesino de sus hijas está entre rejas. Hablaré con el jefe para pedirme unas vacaciones o al menos un día libre. Necesito una buena ducha, huelo fatal y no sé como Valentina ha aguantado sin decir nada.

–Luca ¿te apetece una cerveza? ¡Esto hay que celebrarlo! Me dice Valentina con una sonrisa y guiñándome un ojo

–¡Venga, vamos! Pero solo una ¡creo que me he ganado una buena ducha!

Salimos por la puerta de la comisaría sonriendo, con ganas de esa cerveza y felices del buen trabajo que habíamos hecho. Sabíamos que no sería el último caso y que habría otros asesinos pero por eso nos gustaba este trabajo, por días tan satisfactorios como el de hoy. La vibración del móvil que tenía en el bolsillo me interrumpió los pensamientos, lo saqué del bolsillo para ver quién era, y era Larry. Sonreí, ya sabía porque me llamaba. Joder que buen trabajo y hasta el siguiente caso.

FIN

Ajuntament de Canyelles